



### **Giraldo, en su aventura estética**

por AGUSTÍN QUEVEDO

Giraldo es uno de esos artistas que, encarados con el lenguaje expresivo, en este caso la escultura, sabe manifestarse desde muy distintos puntos de la gestualidad —si así puede llamarse— volumétrica. Forma parte de los escultores que, como nos decía Pablo Serrano hablando precisamente de la expresión, saben extravertir la idea, propiciarla en una forma cuyo significado se revela a través de una serie de estratificaciones en las que el propósito estético es asumir una intención que no sea cómplice con lo anecdótico. Esto puede parecer un planteamiento complicado, pero no es así. Por ejemplo, en la serie “Homenaje a Zurbarán”, de la que algunas piezas figuran en la muestra que se está exhibiendo en la Sala de Arte de la Alameda de Colón, Giraldo llega a consumir el propósito zurbaranesco —es decir, la sobriedad, lo místico—; un propósito que, sin embargo, no se queda en lo que sugiere sino que se adentra en otras aproximaciones estéticas y sustanciales de la propia actitud del artista en su compromiso con el arte, que es toda una actitud filosófica, ya que Giraldo crea desde un espacio-tiempo actual —él es un artista de hoy— toda una poética que se conecta con aquella orientación pictórica que alentó, en el siglo XVII, Zurbarán. “Lo que más sorprende (en Giraldo) es la síntesis lograda entre una concepción clásica de la escultura y una materialización vanguardista. El significado artístico se capta de manera sencilla, porque apela al bagaje cultural de casi todo el mundo, pero las piezas que componen cada obra son, individualmente consideradas, abstractas”. Es un juicio emitido —con el que estamos de acuerdo— por Ignacio Vasallo. Pero el escultor acaso va más allá y la dimensión de su obra no se quede en la consideración entre lo clásico y lo vanguardista, sino más bien en una aniquilación heterogénea de ambos conceptos. Nos estamos refiriendo a la concreción de la invención que aparece, con gran precisión, en ese “Proyecto utópico de la casa de Vivaldi”. Concreción de la invención, decimos —

que no puede considerarse sólo síntesis—, en la que se estructura toda esa “latencia musical” que el artista dedica a las “Cuatro Estaciones” del célebre compositor veneciano.

Nos llevaría a otras muchas digresiones las tentativas barroco-conceptuales que Giraldo expresa en esta serie, y muy particularmente en los cuatro cuadros realizados sobre un material tan específico como es el plomo, en los que no podemos jugar con términos como los de “antipintura” y “antiescultura”, porque lo que revelan estos cuadros es una condición de compromiso entre la materia y su requerimiento como lenguaje y como justificación de una postura fabulante: la del artista. Acaso el espectador se sienta inmerso entre lo insólito y lo lúdico, porque las piezas escultóricas de Giraldo trascienden, incluso, ese conceptualismo bajo el cual se protegen hoy tantos artistas, y hasta los que no lo son aunque se lo crean.

Es esta una de las exposiciones más completas e importantes del escultor de Villanueva de los Infantes (Ciudad Real), pero canario por integración —lleva muchos años en nuestra isla—, pues además de esa serie inspirada en Vivaldi, hay piezas de otras series de la década de los ochenta, como son “cartas de navegar”, “Objetos para medir”, “Copérnico”, etc., y dibujos y bocetos de sus realizaciones escultóricas. Un Giraldo en el que hemos de reconocer, una vez más, su acendrada vocación por la escultura, “y sobre todo, la fe en su producción, su constancia, su continuo trabajo, la seguridad radiante de sus conquistas”, tal como dijera el inolvidable Eduardo Westerdahl.

